

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

Año IV

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros
como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

Núm. 97



Cristiano y español

Aquella tarde, Fr. David Varas, el joven y virtuoso Dominico Párroco de Hermosa, uno de los más lindos pueblos de la provincia de Bataan, acabadas sus cotidianas oraciones, no salió de paseo como tenía por costumbre, escogió de la biblioteca, pobre armariada de *ipil* y *narra*, un tomo de las inmarcesibles obras de Fr. Luis de Granada; se sentó junto á una de las ventanas de la casa-convento, y se puso á devorar con la vista aquellas páginas de oro de nuestra literatura.

Las frases místicas, incendiadas por el fervoroso amor á Dios, compuestas por aquel verdadero fundador de la culta y acicalada prosa castellana, envuelta hasta él entre nubes de impotencia y vacilaciones infantiles, absorbían por completo la atención del Fraile, que dejaba por instantes que se trasluciese en su rostro el asombro que le producían la sonoridad de los periodos, los artísticos remates y caídas de las terminaciones, y las numerosas, fluidas, fáciles y naturales imágenes con que abrillanta siempre sus párrafos y razonamientos aquel gran escritor, honra de la Iglesia española, muestra perdurable de escritores y ejemplo de todo buen Sacerdote.

Media hora llevaba de estar engolfado en esta sublime lectura cuando uno de los *batas* ó muchachos adscritos al servicio parroquial llegó hasta él pálido y desenchajado, diciendo con voz entrecortada.

—¡Señor! Los insurrectos han asaltado el pueblo y vienen hacia aquí robando y asesinando.

—¿Qué dices?

—Lo que es ciertísimo, Padre. El sacristán está atrancando las puertas en previsión de lo que pueda ocurrir, y me manda aquí, Padre para que vuestra reverencia se disponga á huir y esconderse en el monte.

El Párroco se puso en pié instintivamente y quedó inmóvil. Su rostro pálido, su blanca sotana, heridos por la moribunda y melancólica luz del sol poniente, le daban cierto aspecto de estatua. Alguien hubiese temido que el barro se rebelase contra el destello de la divinidad; pero no, en el reposo beatífico de sus facciones, en la inmovilidad de sus

miembros, no se adivinaba lucha alguna. La carne estaba vencida, y el espíritu se asomaba lleno de luz, resolución y vehemencia por sus azules pupilas.

La tempestad, si la hubo, había sido dominada; los labios se entreabieron y con voz firme, sin arrogancias ni vacilaciones, dijo claramente.

—Yo no huyo.

El *bata* hizo un gesto de desagrado, y á la carrera, como quien teme que se oiga lo que va á decir, exclamó:

—¡Padre! Si lo encuentran aquí lo matan seguramente.

—No importa; los que practican el bien, no temen á la muerte.

—Los aetas, aunque salvajes, están reconocidos á usted y le esconderán en el bosque.

—No me escondo.

—¡Señor! ¡Por la Virgen de Antípola! Huyamos, que los *balugas* tienen mejor corazón que estos *tuos*.

Al decir esto cayó de rodillas y levantó los brazos en ademán suplicante.

Y si la raza se lo hubiera permitido, las lágrimas hubiesen surcado la morena tez de su rostro bronceado; tan afectado y temeroso estaba.

Pero Fr. David, rechazando con la palma de la mano aquella proposición cobarde, tomó asiento y dijo á su sirviente, tranquilo y con la sonrisa en los labios:

—No te canses: ni huyo ni me escondo.

Entonces el criado, que, á no dudarlo, descendía de aquellos piqueros de Zambales que ayudaron á Juan de Salcedo contra el pirata Sioco, tuvo un momento de arrogancia.

—¡Pues vamos á defendernos, padre—exclamó.—Voy corriendo á avisar á los amigos á Capitán Ticio, á Cabezang Alimpio.

—Es inútil—dijo el Fraile;—no pienso defenderme. Las armas no convienen á los Clérigos. Dile al sacristán que abra las puertas de par en par. La casa de un Sacerdote no es un castillo; está hecha para la paz, no para la guerra.

De nuevo el *bata* inclinó el cuerpo y enarcó los brazos, tocando con los crispados dedos las negras ondas de su cabello rizado, y con sordina en la garganta murmuró.

—¡Señor!...

Pero el Dominico, con un gesto lleno

de dignidad, acabó la terrorífica escena diciendo:

—Obedece.

Sacristán y fámulo abrieron con sumo disgusto las puertas de la casa-convento, é inmediatamente una multitud armada, ebria por el coquillo, y alcoholizada por el vino de nipa, entró jurando muertes y vociferando blasfemias.

Por encima de todas las voces sobresalía la de un indiano, mestizo de chino, que, gesticulando horriblemente, gritaba:

—¡Muera el *castilá*!

Y como dominados por aquel vozerón aguardentoso, el desarrapado acompañamiento quedaba en suspenso algunos segundos, y prorrumpía después á coro en un *¡patay!* (*¡muera!*), que hacía temblar las paredes. Aquél grupo no engendraba risa, porque daba miedo. Cada uno de los que le componían llevaba dos ó tres armas: bolo al cinto, lanza en la mano y escopeta al hombro. Sin duda triplicaron las armas para quitarse el pavor con su peso y número.

La indumentaria de aquella tropa era simplicísima: vestidos con camisa y pantalón de abaca se veían pocos, los más habían adoptado por uniforme el tarrabos inicial y aborígene de la familia, y algunos exhibían sus carnes sin otros adornos que el tahalí de la pólvora ó la canana para transportar la cartuchería.

El que hacía de jefe traía puesto un sombrero de nito sobre la enmarañada y abundante cabellera, luciendo entre las pajas, como distintivo de su alto cargo, una escarapela roja, aprisionada por dos kaes de un negro zaino tirando á chocolate.

Este tal, acercándose á Fr. David, y en buen castellano le dijo:

—¡Castila, date preso!

—Preso estoy. ¿A qué traéis armas, si sabéis que yo no había de defenderme?—contestó el Sacerdote.

—Atadle. (Varios insurrectos ataron al Dominico codo con codo.)

Algunas lágrimas brillaron en el rostro del cura.

—¿Lloras, cobarde?

—Lloro por vosotros que estáis en pecado mortal.

—Grita ¡muera España!, y en el acto serás desatado y libre—dijo uno de los más compasivos.

El Dominico se adelantó sin petuán-

cia, y fijando la mirada en el macizo bosque que por el vano de la ventana se distinguía á lo lejos con esa seguridad heroica de los mártires que buscan en lo desconocido los signos imperativos y misteriosos que determinan la fortaleza de sus resoluciones ultrahumanas, contestó:

—No puedo; nací español y amo á mi patria.

—Grita ¡muera España!

—Ni puedo, ni debo, ni quiero.

—Pues serás juzgado por el Tribunal de guerra—añadió el jefe interviniendo.

Pero Fr. David, convencido de que se trataba de una verdadera farsa, con gran entereza dijo:

—Si queréis matarme, abreviad y haced vuestro oficio.

A cuyas palabras replicó el cabecilla, con cómica dignidad.

—Eso toca á los jueces. También nosotros sabemos enjuiciar, y no somos criminales, como supones.

—Haced lo que os plazca; yo no he de defenderme, suceda lo que suceda.

En aquel punto las mujeres de Hermosa y algunos viejos, con terribles alaridos, intentaron defender á su Cura párroco, insultando y acometiendo á los que lo tenían prisionero; pero el débil esfuerzo de los ancianos y de las mujeres fué vencido por los rebeldes, después de una pequeña lucha.

Tras de esa escaramuza, que costó alguna sangre el capitán de aquella chusma echó á sus vencedores soldados una alocución en tagalo, copiada sin duda alguna de aquellos parlamentos coruscantes de los dramas del mestizo Florez, y cuando se le acabó la cuerda y la memoria, concluyó la arenga diciendo con voz estentórea:

—¡A la iglesia, á constituir el Tribunal de guerra que juzgue á ese miserable!

La iglesia estaba casi á oscuras; en el altar mayor chisporroteaban dos lucecitas de aceite de coco; delante de un retablo, en que estaba pintada la Virgen del Rosario, se quemaban lagrimeando varios cirios amarillentos, y por los altos ventanales, cubiertos de vidrios de colores, se filtraba la escasa luz del crepúsculo vespertino, tan rápido como poético en Filipinas.

Pusieron los tres sillones de las misas cantadas delante del altar, y en ellas tomaron asiento tres jefes; acercaron los bancos del coro para que los insurrectos presenciaran el juicio, púsose al pié de las gradas que dan acceso al altar una silla de caña, y obligaron á que se sentase en ella Fr. David Varas.

El que hacía de presidente, dijo por vía de apertura de juicio:

—Desatad al procesado, no vaya á decir luego que le hemos dado tormento.

(Uno de la turba cumplió la orden.)

El presidente añadió:

Fraile David Varas, ¿te connessas *casti-la?*

Soy español—dijo sobriamente el Dominico.

—Bien, es lo mismo. No hay más que verte la cara para conocer que eres uno

de nuestros enemigos. La nariz te denuncia.

—¡Que le corten la nariz!—gritó uno de aquellos desalmados.

—¡Que se la corten! ¡Que se la corten!—vocearon todos.

—A ver—dijo el presidente, después de imponer silencio—un barbero hábil que haga á este hombre filipino en un instante, rebanándole la nariz.

La ocurrencia hizo mucha gracia á aquellos borrachos, y todos aplaudieron. Se destacó un verdugo voluntario, y con un cuchillo afiladísimo cortó al fraile la punta de la nariz. La sangre, manando en abundancia, salpicó las blancas vestiduras del Sacerdote, que cayó desvanecido sobre la silla.

Por orden del presidente se le lavó la cara con agua, que, por no ir á buscarla la trajeron de las pilas de marmol de la entrada, y se le pusieron unos algodones en la herida.

Reanimado con el agua fresca, Fray David, continuó el juicio en esta forma:

Presidente.—Ya no eres español; ya puedes gritar ¡muera España!

Varas.—Soy español, he dicho.

P.—¿Y las narices?

El público.—(con risotadas)—¡Jo, jo, jo!

V.—Yo os perdono para que Dios me perdone, y en su nombre os bendigo.

P.—¡Hola! Parece que te burlas de nosotros. ¿No sabes que en nuestro Katipunian tenemos el honor de no pertenecer á Religión alguna?

V.—Yo no os ofendo; os bendigo.

P.—Otra vez. Vaya que eres tozudo. Cortadle esa mano en nombre de su cielo.

Uno de los más beodos se adelantó, y de un golpe de polo cortó á cercén la mano al Cura de la Hermosa.

El P. David lanzó un ¡ay! desgarrador y cayó desmayado.

Al ver al mártir en el suelo hubo un conato de protesta entre los que presenciaban el terrible tormento, que aprovecharon dos mujeres de pueblo para curar y vendar la mutilada muñeca del Sacerdote.

Vendado éste y vuelto á la vida, continuó aquella sesión horrible tras de grandes libaciones de vino de los jueces y su soldadesca, entre chistes soces y palabrotas repugnantes.

P.—Supongo, Fraile *castila*, esto es dos veces verdugo, que no te quedarán ganas de bendecirnos.

V.—Te equivocas; aún me queda esta otra mano para implorar de la Providencia la piedad divina y daros la bendición.

Y tornó á trazar en el espacio la señal de la cruz con la mano izquierda.

P.—¿Si? Pues que le corten la otra mano.

Aquí los vivos y los aplausos llegaron á su colmo.

El mismo verdugo de antes cumplió la orden, y la víctima inocente volvió á caer en el suelo sin sentido, bañado en su propia sangre.

¡Cuán cierto es que el odio y el vino no saben guardar moderación!

Tanto lloraron las mujeres de Hermosa, de tan buena manera suplicaron, que aun los mas borrachos y feroces aguardaban que aquel tribunal katipunesco perdonaría.

Sin embargo, todos se equivocaron. Reunidos los jueces en el mismo altar, condenaron á fray David Varas á ser clavado en la cruz de madera que estaba á la entrada del pueblo.

A pie, sostenido por dos criminales, atravesó los diez barrios de que se compone Hermosa, y llegado al pié de la cruz, le volvieron á intimar que maldijese á España y á la Religión católica; y aquel mártir, sin fuerzas, extenuado por la falta de sangre, encontró todavía en su corazón generoso arrestos sobrados para decirles por toda protesta:

—No puedo; soy español y cristiano. Si esta es mi culpa, no me atormentéis más y matadme. Pero sabed que en la postrer agonía os perdono para que Dios me perdone á mi también.

Hechas un mar de lágrimas las mujeres del pueblo, pedían la vida de su Cura párroco, á quien llamaban Santo, proclamando á grandes voces sus virtudes y cualidades; pero el jefe de aquellos bandoleros ordenó la ejecución después de haberlas injuriado con un apelativo que en justicia, ni aun la madre de aquel canalla debió merecer.

Como carecía de manos el pobre fraile, no pudieron clavarle en la cruz, y entonces la turba de borrachos se ensañó en aquel cuerpo casi exámine, y fué cortando los miembros uno por uno en menudos trozos, y arrojándolos á un estercolero.

Sin duda, hartos de carnicería, ó porque los huesos del cráneo opusieron tenaz resistencia, no destrozaron ni dividieron la noble cabeza de Fray David, que por un milagro anatómico conservó en todas las facciones del rostro un reposo que contrastaba con la crueldad del suplicio.

Sé por algunos españoles que enteraron los menudos trozos del cadáver respetados por la voracidad de los perros, que el rostro de Fr. David Varas conservó durante muchas horas la hermosa majestad que tuvo en vida, y de los entreabiertos labios parecía escaparse á cada momento la declaración de fe, causa de su sentencia y muerte:

—¡Soy español y cristiano!

Rafael Comenge



Del matrimonio

IV

Deberes recíprocos de los casados.
—Deberes especiales de la mujer

Pero, ¿no es la mujer, sobre todo, la que está destinada á hacer reinar en el seno de la familia, aquella felicidad y aquellas alegrías del corazón, á que jamás igualaran los deleites del amor propio ni todos los goces de la vanidad? Hija, esposa, madre, en todos los estados, ó hermosea la existencia de sus an-

CHARLA

cianos padres, ó es el apoyo y el consuelo de un esposo, ó enseña á sus hijos, con sus ejemplos y sus lecciones, los medios más dulces y más seguros, al mismo tiempo de ser feliz. Esta es la hermosa y noble misión que la Providencia ha reservado á las mujeres en la tierra; este es el dulce encargo que les ha conferido. El hombre, entregado á las ocupaciones exteriores, disipado, distraído sin cesar por los desvelos que reclaman los negocios particulares y las relaciones políticas, el hombre es incapaz de asegurar en derredor de sí la ventura y la paz; es incapaz de hacerse feliz á sí mismo, muchas veces no lleva á su casa más que un desaliento profundo, fruto de los engaños de que ha sido víctima, ó de sus tristes observaciones: por doquiera no ve más que desgraciados ó malvados, una sociedad trabajada por mil necesidades, agitándose en vano por asir al vuelo una sombra fugaz de felicidad, y sustraerse á la inexorable necesidad, cuya ferrea mano la impele y la arrastra: por todas partes ve la obcecación y el error. Entonces si su alma no está enteramente marchitada por el contacto de las pasiones de los demás, si no se precipita con los ojos cerrados en los mismos extravíos, cae por lo menos en una lamentable indiferencia, en una apática insensibilidad. La vida ha perdido para él todos sus encantos, y siente todo el peso de aquella reprobación que persigue á los hijos de Adán y los condena á *cultivar con el sudor de su frente esta tierra que les produce abrojos y espinas*. Entonces es cuando la mujer, con su dulce influjo, le reconcilia con la vida, ofreciéndole un feliz contraste con las rencorosas pasiones que le agitan en la vida pública y desaniman aún á los que no son más que sus espectadores. El orden y la paz reinan en derredor de ella; ella rodea de tiernos desvelos á los queridos objetos de su amor, se olvida á sí misma, y se prodiga para ellos. Lejos de conocer aquel frío y mortal egoísmo que caracteriza la vida social, á pesar de su brillante oropel y de su falaz apariiencia, la vida de la mujer es una vida de sacrificios y de virtudes reales y desinteresadas: á su lado va el hombre á templar su valor; á su lado conoce la realidad de la dicha, y se convence de la miseria y de la vanidad de las distracciones exteriores.

¡TENGA SE CUIDADO!

Sucedió el caso cerca de Tolosa en 1848 durante las elecciones de la Asamblea constituyente. Arengaba un impío al pueblo, y en su discurso blasfemó como demonio de todo lo más santo y sagrado de la Religión, y aún negó la existencia de Dios: «Que hable Dios ahora—gritaba, amenazando con el puño al cielo—que hable si me oye.» En habiendo proferido este reto sacrílego y blasfemo cayó sobre el infeliz un rayo que lo dejó tendido en tierra, y la muchedumbre huyó consternada y llena de terror.

—¿Qué hace V. ahí solo, señor Anselmo y llorando de ese modo?

—¿No he de llorar, amigo Pepe, no he de llorar? Mira.

—¿Señor Anselmo!... ¿quién le ha puesto la cara tan acardenalada?

—¡Mi hijoll!... El malvado de mi hijo que así recompensa mis afanes, mis trabajos por no privarle de ningún gusto! Si tú quisieras hacerme un favor...

—Diga V. que si puedo estoy pronto á ello.

—Mi hijo va con pasos precipitados camino de su perdición y de la mía. De mis consejos no hace caso alguno. Me llama viejo chocho, cuando no me pega como hoy. ¿Quieres tú probar de traerlo al camino de la honradez?

—Antes de contestarle me voy á permitir pedirle á V. yo otro favor... si puede...

—Di, amigo mio, dí.

—Tengo muchos deseos de poner derecho el tronco de este árbol corpulento ¿no le parece á V. que estaría mejor?

—Indudablemente; pero no ves, cándido, que tu pretensión es imposible?

—¿Imposible porqué?

—Porque el árbol ya es de tiempo. Eso hubiera sido fácil cuando jovencito; cuidándolo entonces para que se conservase en posición recta hoy daría gusto mirarle. Mas... ¿á qué viene todo esto ahora?

—A demostrarle lo fácil, contando con la ayuda de Dios, que le hubiera á V. sido llevar á su hijo desde jovencito, desde niño rectamente por el camino del bien y lo difícil por no decir imposible, salvo la gracia de lo alto, que es hoy, ya hombre hecho y derecho, hacer de su hijo lo que pretende.

Los sucesos de la vida debieran de servirnos de provechosísimas enseñanzas, mas ¡ay! que nadie quiere escarmentar en cabeza ajena.

—Tienes razón, sí, muchísima razón. De modo que quedaré entregado á mi triste suerte?

—La que V. se preparó no educando como Dios manda á su hijo.

—Bien...sí, pero en este mundo todas las cosas menos la muerte tienen remedio y por esto yo quería de ti que con tus buenos consejos vieras á ver si conseguimos algo de bueno en mi hijo. A ti te respeta, te quiere; á mi ni lo uno ni lo otro.

—Pobres padres que olvidan sus deberes á qué situación vienen á parar! Yo veré de ayudar á sus deseos, pero lo difícil.

—Siquiera por altruismo...

—Déjese V. de altruismos ni de músicas. Por Dios, por caridad con el prójimo lo haré y me afanaré, no por esas zarandajas que V. invoca y que no tienen sino un valor muy convencional, muy limitado. V. señor Anselmo, y déjeme que le hable como amigo verdadero y antiguo...

—Si, muy querido mio.

V. señor Anselmo, nunca se ocupó en cumplir con los deberes que la religión impone, le bastó siempre ser honrado según el mundo y ya ve las consecuencias.

Como que el mundo no puede dar otra cosa de sí; basta que sea el primero de los enemigos del alma.

¿Recuerda la cara que puso usted de asustado, cuando su hijo recién salido del colegio á los 16 años y con unos sentimientos hermosísimos le dijo que le gustaría emprender la carrera del sacerdocio?

¿Recuerda la vida de incesantes diversiones, de malas lecturas en que lo enfangó para hacerle olvidar su *disparatada inclinación* como V. decía?

¿Recuerda que no contento con esto procuró intimarle con cierta persona que hasta vergonzoso es acordarse de ella? ¿Y cómo se reían después V. y su hijo, ya conquistado, de los santurriones y beatos, de las *supercherias* de la Iglesia y otras zarandajas que nos llevan, son palabras de V. todavía á hacer el ridículo y á perder el tiempo! Mientras su hijo se vió por V. complacido en todos sus gustos la cosa iba bien, hoy que no cree V. concederle lo que pide por... los motivos que á V. le de la gana, él, no acostumbrado á *imposiciones de nadie*, no sólo se revela sino que pega. Efectos de una mala educación, señor Anselmo, y no le de más vueltas,

—Nada tengo que contestarte, querido, dices la verdad, á mal padre mal hijo, yo le enseñé el camino del vicio haciéndole huir del de la virtud, yo transigí con muchas de sus más graves faltas... forzoso me es resignarme á ésta última. Castigo es de Dios, lo coniesco. Sin embargo, yo conozco y tu también, hijos de padres muy cristianos que son unos perdidos...

—No es tan frecuente, y cuando sucede es porque los padres son demasiado condescendientes con los caprichos de sus hijos y los descuidan en lo de las compañías con quienes se juntan. De todo lo cual resulta que á medida que se va uno alejando del camino trazado en todos los órdenes y estados de la vida por la religión de Cristo va aproximándose al de la perdición; no hay término medio. Y ahora riase V. de la honradez sin religión. Vamos, véngase conmigo á ver si con la ayuda de Dios podemos evitar el peligro que se aproxima.

—A Dios me enmiendo después de haberle tenido olvidado tantísimos años.

El tenga piedad de mis hijos y de mí.

Lo que vale el trabajo

Un economista ha hecho un curioso cálculo sobre el inmenso valor que puede adquirir un objeto por el trabajo.

Una libra de hierro, que apenas vale un real, se convierte en acero, y con este acero se fabrica el muelle que hace mover la máquina de un reloj. Cada resorte no pesará ni la cuarta parte de un grano, y puede venderse sin embargo,

por 4, 6, ó más duros. Pues bien, con una libra de hierro, desechando la parte inútil, pueden construirse muy bien 80.000 muelles, y convertir por medio del trabajo la libra de hierro, que solo vale un real, en un valor de millón y medio de reales próximamente.

CATEQUESIS

UN CRISTO MUTILADO.—Un eclesiástico, que visitaba una ambulancia, fué conducido cerca de un soldado cuya vida parecía un prodigio, pues tenía el cuerpo horrorosamente mutilado. El sacerdote se acerca al lecho y ve un hombre en cuya fisonomía se manifiesta apacible calma.

—Se me ha dicho, amigo mio, que Ud. está gravemente herido, y que sufre mucho, dijo el sacerdote al enfermo.

—Sívase levantar la frazada que me abriga, señor capellan, contestó sonriendo el enfermo.

El sacerdote la levanta y se estremece de impresión al ver un robusto pecho al cual faltan los brazos.

—¡Ah! continuó el enfermo, no se asuste usted; tenga á bien levantar la frazada á los pies.

El sacerdote la levanta con mano temblorosa, y ve que al enfermo, desde las rodillas abajo, le faltan ambas piernas.

—¡Ah! pobrecito, yo le compadezco, exclama el capellán.

—No me compadezca Ud. señor; felicítame más bien. Al mismo estado en que me veo ahora reducido por la guerra, pocos días antes del combate, y con mis propias manos, reduje yo una imagen sagrada de nuestro Salvador. Marchaba con mis camaradas á la batalla, cuando al extremo de un camino encontramos un crucifijo. Cada uno de mis compañeros quiso hacer de espíritu fuerte, pronunciando palabras sarcásticas y blasfemias. Yo quise aventajarlos en impiedad, y sacando mi sable eché por tierra los brazos del crucifijo; pero como todavía no se desprendieron de la cruz, en la cual estaba sostenido por los clavos de los pies, le corté las piernas y cayó... Nos alejamos, y no volví á pensar más en aquél Cristo hasta el momento en que una metralla, que silbó á mi alrededor, me recordó la iglesia de la ciudad en que nací, el anciano párroco que me enseñaba el catecismo y el cementerio en que, cuando niño, iba á orar por mi madre.

Entonces, conociendo toda la enormidad de mi crimen, tuve miedo de la muerte y rogué á Dios con toda mi alma que me castigase sin piedad en esta vida con tal que me concediese misericordia en la otra.

He sido escuchado: como había tratado á la imagen de nuestro Salvador he sido tratado y mientras mayores sean mis padecimientos mayor será mi consuelo, porque el Señor no me escuchará á medias; si me castiga duramente es porque quiere perdonarme.—*Cat en exemples du Frere Philippe.*

BIBLIOGRAFIA

Con expresiva dedicatoria para EL AMIGO DEL POBRE el Illmo. Sr. Obispo de Jaca nos ha distinguido remitiéndonos un ejemplar que agradecemos de su magnífico libro.

El derecho español

en sus relaciones con la Iglesia

Como en dicha obra se tratan cuestiones de candente actualidad y utilísimas para todos, copiaremos aquí lo que competentes en estas materias acaban de decir:

«Se acaba de hacer la segunda edición, notablemente aumentada, de este libro del Excelentísimo Sr. López Pelaez, antiguo Provisor y Catedrático de Disciplina eclesiástica.

Fué premiado en un Certámen nacional para obra de texto en los Seminarios. Se escribió para texto en las Universidades pontificias, con arreglo á lo prescrito por la Sagrada Congregación de Estudios; pero puede serlo también de Disciplina eclesiástica de España, pues contiene cuanto de ella importa saber, descartadas las nociones históricas y las que ya se aprenden en el Derecho canónico. El «Derecho usual» se considera hoy tan interesante que esta asignatura ha figurado como obligatoria en los mismos Institutos; en el libro del Sr. Obispo de Jaca está lo que al ciudadano es más preciso saber del Derecho patrio.

Los Párrocos encontrarán aquí las disposiciones legales que deben tener presentes en la práctica de su difícil ministerio, expresadas con las palabras textuales y sólo con las precisas, de modo que en pocas páginas se ha reunido variada y copiosísima materia. Las que son contrarias á la religión ó á la justicia no se citan solo, sino que se impugnan brevemente, pero con abundancia de razones, á fin de suministrar armas á los polemistas católicos.

Después de algunas nociones de «Derecho romano» é «Historia del Derecho patrio», se estudia en este libro el «Derecho político», examinando la Constitución y las leyes de imprenta, de reunión, de asociación y electorales; el «Derecho civil», particularmente los matrimonios y testamentos. El «Derecho penal», sobre todo en lo relativo á la religión y á los eclesiásticos. El «Derecho procesal», con varios formularios para el caso de que el sacerdote necesite acudir á los tribunales civiles. El «Derecho fiscal» y su multitud de impuestos y contribuciones. El «Derecho de propiedad», con las más interesantes disposiciones del Código y con lo legislado acerca de la propiedad eclesiástica, y templos, y casas, y huertos rectorales, y cementerios, y entierros, y capellanías y cargas piadosas. El «Derecho administrativo», en que se trata de los derechos de estola, de los haberes del Clero y su administración, de Beneficencia, Instrucción pública, enseñanza eclesiástica y registro eclesiástico. El «De-

recho eclesiástico», con sendos capítulos acerca de las Congregaciones religiosas, Cabildos, Clero parroquial, y derechos, deberes é inhabilitaciones de los clérigos en la legislación española. Al final va una completa bibliografía.

Tan grande abundancia de preceptos legislativos, sin haberse omitido nada interesante al Clero, poniendo al pie de cada disposición el origen, y la fecha y el comentario oportuno, teórico ó práctico, se ha condensado en un volumen de 403 páginas que, elegantemente empastado, se vende á 3,50 pesetas. Los encargados de parroquia que lo pidan al Secretario del autor ó al Habilitado del clero de su respectiva diócesis, lo recibirán por tres pesetas y además, en el segundo caso, no tienen que enviar el importe, pues el Habilitado se lo descontará de su asignación.



UNO DE TANTOS

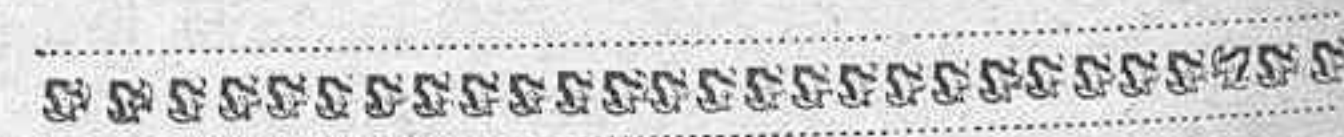
Siempre está Luis criticando la maldad de los gobiernos que son masones, judíos, que á Dios están ofendiendo; que ellos que dictan las leyes son los que las guardan menos, que lo que procuran es el comer del presupuesto, sin que se les de un comino porque vivan bien los pueblos... en fin, sapos y culebras dice Luis de esos gobiernos. Tocan á elecciones; va nuestro Luis muy satisfecho y vota por esos mismos á quienes llama perversos.



Pensamientos.—El camino más recto y seguro para llegar al infierno es negar su existencia

—Solo en los manicomios es donde reina el libre pensamiento.

—Para barbarizar no necesita el hombre inteligencia, basta con ser animal



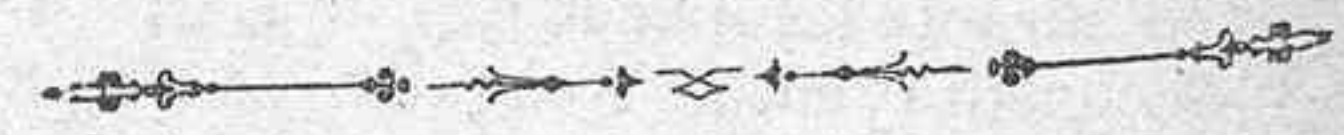
CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

S. D. B. R. C.—Oviedo.—Pagó primer trimestre año actual.

Sr. D. A. A. C.—Fano.—Pagó el mes de Mayo.

Sr. D. J. M. V.—Somio.—Pagado hasta fin de Mayo actual.

Sr. D. L. M. Manlleu.—Recibida postal.



EL AMIGO DEL POBRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por dos reales al mes, se reciben 10 números cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 20 números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

Gijón.—Imp. «Popular», Riera y González